

Históricas Digital

Felipe Arturo Ávila Espinosa

“Prólogo a la presente edición”

p. 37-63

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

El libro de James Creelman, *Díaz, master of Mexico*, que aparece ahora por primera vez en español editado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, vio la luz originalmente en febrero de 1911 en Estados Unidos, poco antes de que Porfirio Díaz, el héroe al que glorifican sus páginas, renunciara a la Presidencia de México y partiera al exilio hacia Europa, derrotado por la revolución maderista.¹

La derrota de Díaz selló también el destino de ese libro, que cayó en el olvido y se volvió un texto difícil de conseguir, que nunca fue reeditado en inglés ni traducido al español y que, al igual que el personaje que retrataba, no mereció más que comentarios condenatorios y marginales por algunos de los pocos estudiosos que lo leyeron.²

1 James Creelman, *Díaz Master of Mexico*, New York and London, D. Appleton and Company, 1911. El libro fue terminado en 1910, como señala su autor en el prólogo, quizá como parte de la serie de eventos conmemorativos con los que Díaz festejó el Centenario de la Independencia como muestra de la apoteosis de su régimen y de su propia persona como conductor del pueblo mexicano.

2 Investigadores como Daniel Cosío Villegas, uno de los historiadores más lúcidos y agudos del siglo XX y quien inició una nueva comprensión del Porfiria-

Al margen de sus errores y aciertos, el libro debe situarse históricamente. Es un texto de época que tuvo un objetivo muy preciso: presentar ante la clase política y la opinión pública de los Estados Unidos a Porfirio Díaz no sólo como el arquitecto de la paz, la modernización y el crecimiento de México, sino como uno de los personajes más importantes a nivel internacional de su tiempo. Y la época del libro, no está de más subrayarlo, fue el Porfiriato, una época peculiar que caracteriza su historiografía, como lo señaló atinadamente Daniel Cosío Villegas hace sesenta años. El carácter dictatorial del régimen de Díaz no sólo suprimió la literatura adversa a él, como dijo don Daniel, sino que multiplicó y sublimó la literatura apologética. Su longevidad, además, permitió que “Díaz no sólo [tuviera] tiempo sobrado para hacer su historia, sino para escribirla.” Adicionalmente, según el gran estudioso del Porfiriato, “la astucia, la previsión, consistió en que Díaz y sus colaboradores tuvieron un fino sentido de la posteridad y de la historia [...] y se dieron cuenta de que si uno no escribe su propia historia, otros la escribirán; y todas las probabilidades son en el sentido de que la segunda sea menos placentera que la primera”.³

Ése tiene que ser el punto de partida para entender, desde nuestra época, el libro de Creelman, como una obra escrita en el clímax del régimen de Díaz, en 1910, cuando parecía que había logrado su consagración en la historia y que merecía una celebración. El valor historiográfico del texto es pues como un testimonio de época de un gobernante exitoso que presidía un régimen autoritario y que creía consumada su obra. En segundo lugar, debe valorarse también como la visión desde fuera de

to, si bien no hizo comentarios específicos sobre el libro, lo englobó dentro de los trabajos laudatorios y de poca sustancia, considerándolos como literatura cortesana; véase “El porfiriato: su historiografía o arte histórico”, en *Extremos de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 121-122. Eugenia Meyer, por su parte, señaló al libro como una de las biografías oficiales de Díaz y como un “elogio descarado” a su figura. Ver de esta autora *Conciencia histórica norteamericana sobre la Revolución de 1910*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970, p. 36-37.

3 Cosío Villegas, “El porfiriato...”, p. 110-111 y “La historiografía política del México moderno”, en *Memorias del Colegio Nacional*, 1952, p. 27.

UNAM - IIH

un periodista estadounidense prestigiado que reflejaba la visión de un sector de la clase política y de la intelectualidad de ese país sobre México, una visión, como se verá, cargada de prejuicios e incomprensiones pero que era representativa de un sector importante de la sociedad norteamericana de la época que contribuye a explicar las relaciones de ese país con el nuestro.

Es posible que el libro de Creelman haya sido hecho por encargo y deba ser visto como la continuación de otra encomienda previa, sin duda, de mayor relevancia histórica: la famosa entrevista que hizo Creelman a Díaz a fines de 1908 para la revista estadounidense *Pearson's Magazine* que fue reproducida por los principales diarios mexicanos y que causó una honda conmoción en el ambiente político nacional, siendo uno de los factores que catalizaron la efervescencia política y la emergencia de nuevos actores y organizaciones en el escenario a partir de su publicación.⁴

¿Cuál era la intención de Díaz para que Creelman, un prestigiado periodista estadounidense, hiciera un libro biográfico sobre él dirigido al público de ese país? E, inversamente, ¿cuáles eran los motivos de Creelman para realizar un libro biográfico sobre Díaz que, dadas su cercanía y simpatía por el personaje, tenía que ser un libro positivo y laudatorio, que resaltara su figura ante el gobierno y la opinión pública estadounidenses?

Más allá del ego y la megalomanía, indudablemente presentes en los años de apogeo y, quizá todavía más, en los del ocaso de Díaz, exacerbados quizá por la apoteosis con la que se organizaban los festejos del Centenario, habría que prestar atención a los motivos políticos que

⁴ La entrevista Díaz-Creelman ha sido objeto de innumerables estudios y controversias sobre su trascendencia y prácticamente no hay libro sobre el final del Porfiriato y los inicios de la Revolución que no la mencione. Dos de los mejores análisis sobre ella se han hecho recientemente, el trabajo de Javier Garciadiego "La entrevista Díaz-Creelman" (discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia), y el de Claudio Lomnitz, "Cronotopos de una nación distópica: el origen de la 'dependencia' en las postrimerías del México Porfiriano" (inédito).

el viejo gobernante podía tener para promover un libro biográfico, en inglés, y para un auditorio —como el de la clase política y la opinión pública del vecino país— interesado en los temas mexicanos. La relación de Díaz y de sus principales colaboradores con los Estados Unidos fue siempre problemática. Aunque se ha subrayado la actitud de Díaz y de los *científicos* como antinorteamericana y proeuropea, la verdad es que más que antiestadounidense, la postura de Díaz con el poderoso vecino fue siempre de cautela y desconfianza, e incluso de temor en ciertos momentos en que las relaciones se tensaron. Pero al mismo tiempo Díaz y su grupo eran conscientes de que el proyecto modernizador que impulsaban requería la colaboración de los Estados Unidos y que necesitaba de sus inversiones y su tecnología en sectores estratégicos. Los Estados Unidos, además, no habían renunciado a sus ambiciones expansionistas y aprovecharon la vecindad geográfica y las ventajas competitivas que ofrecían sectores como la minería, el petróleo y la agricultura de exportación para convertirse en la presencia extranjera con mayor peso e influencia en la economía nacional.

La política exterior de México con su poderoso vecino tuvo entonces que moverse con cuidado entre la promoción y el impulso de la inversión estadounidense y la cautela y defensa de la soberanía nacional, tratando de contrarrestar la necesaria y creciente influencia de los Estados Unidos con la atracción de capitales europeos y una marcada orientación cultural de los *científicos* hacia Europa.

En medio de esa tensión constante entre la necesidad de la inversión estadounidense y la desconfianza y temor ante su expansionismo hubo elementos nuevos que, como ha señalado Paul Garner, tensaron la de por sí compleja relación binacional. Esos factores fueron la nacionalización de los ferrocarriles decretada por el gobierno de Díaz en 1908 y las concesiones petroleras otorgadas a los capitales británicos encabezados por Lord Cowdray que afectaron a las empresas estadounidenses y fueron mal recibidas por el gobierno de ese país. Adicionalmente, el apoyo de Díaz al presidente nicaragüense Zelaya, depuesto por un golpe de estado promovido por los Estados Unidos, fue interpretado como un gesto de mala voluntad por el gobierno de este país y ese acto tensó aún más las relaciones.

Por todo esto, es posible pensar que uno de los motivos de Díaz para aceptar la elaboración de un libro biográfico para la sociedad estadounidense hubiera sido el de mejorar su imagen y justificar su gobierno a la luz de la complicada historia por la que había atravesado nuestro país. Esa necesidad habría sido reforzada para contrarrestar los efectos negativos del libro de John Keneneth Turner, *Barbarous Mexico*, que pintaba un panorama devastador del régimen de Díaz y presentaba a éste como un dictador sanguinario que mantenía al pueblo mexicano en la opresión.

Además de ello, Díaz, animal político por excelencia, tenía interés también en que el libro tuviera impacto en la política mexicana y, para ello, contaba con el antecedente del notable éxito que había tenido la difusión de la entrevista que le había concedido al mismo Creelman en 1908. La entrevista había tenido una notable repercusión en los medios políticos nacionales, al ser la primera y enfática declaración pública de Díaz de que no se postularía para una nueva reelección en 1910 y al señalar en ella que consideraba que el país estaba preparado para la democracia, por lo que vería con buenos ojos la creación de partidos de oposición.⁵ Esa entrevista, bajo la forma de un extenso reportaje, incluía también una biografía de Díaz y era una apretada síntesis de la historia de México bajo la mirada sesgada, romántica y muy ideologizada de James Creelman, por lo que debe considerarse como el antecedente directo de la biografía de Díaz que emprendería poco tiempo después.

Javier Garciadiego ha señalado que el objetivo de esa entrevista fue el de “mejorar la imagen de don Porfirio ante la clase política, el sector empresarial y la opinión pública norteamericana [...] y a mostrar las buenas relaciones entre Díaz y los Estados Unidos”. También quería que se le reconociera no sólo como el constructor de la paz, el orden y el progreso, sino también del tránsito a la democracia.

5 Garciadiego, “La entrevista...”, p. 8; Álvaro Matute, “Prólogo”, en *Entrevista Díaz-Creelman*, 2a. ed., traducción de Mario Julio del Campo, prólogo de José María Luján, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2008, 54 p. (Cuadernos Serie Documental, 2), p. 5-7.

La entrevista fue “cuidadosamente preparada” y, al parecer, estuvo involucrada en ella la cancillería mexicana, a través de Enrique Creel, embajador en Washington, y de John Barret, director de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas. Más aún, el embajador de Estados Unidos en México, David Thompson, había estado presente en varias de las entrevistas.⁶

El efecto más notable que produjo la entrevista, sin embargo, fue catalizar una efervescencia política que tenía sus propias raíces en el desgaste del sistema político porfiriano y en la emergencia de nuevos actores políticos, organizaciones y demandas que condujeron a la creación de dos nuevos movimientos políticos, el Partido Democrático y el Partido Nacional Antirreeleccionista, como fuerzas opositoras al régimen, y a la reorganización de las dos tradicionales corrientes políticas porfiristas, el Partido Reeleccionista encabezado por los *científicos* y el reyismo, que en su última manifestación, en virtud del choque con aquéllos y con Díaz, se volvió un movimiento opositor.⁷ Por ello, es posible suponer que otro de los motivos de don Porfirio con el libro autorizado a Creelman fuera el de componer el panorama.

James C. Creelman era un periodista estadounidense nacido en Montreal, Canadá, en 1859, que había estudiado leyes pero no había ejercido y se había dedicado al periodismo, en donde se destacó como el reportero que logró entrevistar a personajes notables de la época como León Tolstoi y el papa León XIII. Creelman también alcanzó prestigio como periodista de guerra y cubrió varias de las principales conflagraciones de esos años, como la guerra entre Japón y China en 1894, en 1897 la guerra entre Grecia y Turquía, y en 1898 la guerra entre España y Cuba. Había trabajado también para algunas de las cadenas periodísticas más prestigiosas en los Estados Unidos, como la de Randolph Hearst. Creelman contaba, pues, con buenas credenciales y experiencia, lo que, aunado a la buena reputación de la revista *Pearson's Magazine*, en donde habían colaborado notables escritores

6 Garciadiego, *op. cit.*, p. 10-11, 14-15, 21-22.

7 *Ibidem*, p. 26-28.

como Bernard Shaw, H. G. Wells y Upton Sinclair, hizo que Díaz no tuviera reparo en otorgar la entrevista.⁸

¿Cuáles podrían ser los motivos de Creelman?, ¿qué interés podía tener para realizar una biografía de Díaz por encargo? Además de las ventajas materiales que sin duda pudo obtener en virtud de la trayectoria del periodista, pueden señalarse también otros factores importantes. Un primer elemento es que a Creelman le gustaba la cercanía con el poder y con los personajes notables de su época. Los distintos trabajos que publicó sobre algunos connotados líderes políticos e intelectuales dan muestra de ello. Estaba convencido de que Díaz era uno de ellos y no podía dejar pasar la oportunidad de escribir un libro biográfico sobre él, que tuviera como fondo la historia de México, todo en el marco de las celebraciones del Centenario de la Independencia. Ésa era una ocasión excepcional porque la resonancia que podría tener un libro sobre el presidente mexicano que había conducido al país por más de treinta años no se alcanzaría en ningún otro momento. A Creelman le interesaba también que su libro fuera leído por la elite política e intelectual de su país, particularmente por aquella que tenía intereses políticos y comerciales con México, y contribuir a fortalecer las relaciones entre ambas naciones mediante una mejor comprensión de su vecino del sur, de su historia y de su liderazgo. Adicionalmente, quería fortalecer el camino que había abierto con el amplio reportaje previo sobre Díaz y México, contrarrestar las críticas que había recibido y, sin duda, en un libro podría desarrollar con más libertad y holgura sus opiniones sobre el presidente mexicano y sobre el país que lo había recibido con amabilidad.

Es evidente que Creelman, además de cumplir con el objetivo de escribir un libro que, en esas condiciones, necesariamente tenía que tener un carácter laudatorio con su personaje, para el cual tenía admiración, simpatía y afinidad, pudo poner en él sus propios puntos de vista no sólo de su biografiado sino de la manera en que entendía a un país como México, tan próximo y tan diferente de los Estados Unidos. Es este rasgo lo que hace valioso un libro con las características de *Díaz*, *master*

⁸*Ibidem*, p. 12- 14.

of Mexico, que representa el testimonio de un ciudadano norte-americano informado, conocedor de muchas otras culturas e historias y apasionado de los principales acontecimientos políticos de su época que, con su trayectoria, sus valores, su visión ideológica y también sus múltiples prejuicios, intenta acercarse a la historia de México y explicar el papel que en ella tuvo Porfirio Díaz. Sin ser un historiador profesional ni un académico, Creelman escribió un libro que es interesante porque muestra la manera en que un periodista influyente veía a México y a sus problemas y porque esa visión era una de las que incidían en la percepción y en las actitudes que podían tener las elites políticas y económicas del poderoso vecino del norte con nuestro país. Y, a diferencia de la opinión de Díaz que más revuelo había causado en la famosa entrevista previa, sobre la maduración de México para la democracia, Creelman desarrolló en el libro su convicción de que México no estaba preparado para ella y que había una serie de impedimentos de carácter cultural e histórico que hacían muy improbable la democracia en nuestro país, como se verá más adelante.

Otra de las objeciones que se hizo a la entrevista Díaz-Creelman era que había estado poco preparada, que era superficial, y que su autor no tenía conocimiento de la realidad nacional. En su libro sobre Díaz, Creelman trató de superar esas críticas y si bien su resultado no fue una obra académica ni erudita, sí escribió una obra basada en numerosas entrevistas con Díaz y en la lectura de diversas fuentes que, sin embargo, al no ser un trabajo académico, no se hicieron explícitas. No obstante ello, Creelman defendió la fundamentación empírica y de investigación de su trabajo: "El autor tuvo la ventaja de sostener muchas conversaciones prolongadas con el presidente Díaz y otros destacados personajes de la república mexicana. Una buena parte del material se tomó de las memorias personales del presidente. La investigación abarcó muchos libros y documentos y la visita a diversas partes de México."⁹

Con ese material, Creelman armó una obra en 35 capítulos en la que el eje articulador era la biografía de Díaz, cuyo relato corría parejo con los principales acontecimientos políticos de México. Si bien su límite

9 Creelman, *op. cit.*, p. 3.

temporal abarcaba hasta los años postreros del Porfiriato, la mayor parte del libro se empleó en la descripción de los años en los que se desarrolló y emergió la estrella de Díaz, es decir, los años de la Reforma y los de la lucha contra la Intervención Francesa, pues es hasta el capítulo XXIX donde empieza la narración de Díaz como presidente de México.

El libro de Creelman tiene varias virtudes. Es en primer lugar una visión de Díaz y del Porfiriato desde fuera, por parte de un miembro de la elite cultural de Estados Unidos muy bien relacionado con la clase política de ese país y que tuvo acceso privilegiado a la elite política mexicana y que, en cierto sentido, se vuelve portavoz de ésta en el momento en que Díaz estuvo en la cúspide de su poder. Por ello el periodista estadounidense pudo contar detalles y opiniones directamente de Díaz y de su círculo cercano sobre la forma en que veían y evaluaban su propia trayectoria y obra en la historia nacional. Es, además, un libro bien escrito, emotivo, con un tono épico que describe las hazañas del héroe mexicano que había logrado sacar al país de las guerras intestinas y había conseguido la más prolongada época de estabilidad y crecimiento económico de todo el siglo XIX.

Tiene también varios y evidentes defectos. Al ser un libro laudatorio de Díaz, a quien alaba en extremo y justifica en prácticamente todos sus actos, no tiene la objetividad ni la crítica necesaria en toda biografía. Más allá de esto, quizá lo que más llame la atención son los juicios de Creelman sobre la imposibilidad estructural e histórica de México para llegar a ser un país democrático, opinión por lo demás muy extendida en la época no sólo en el exterior, sino también dentro de las elites mexicanas. Tiene que entenderse, por lo tanto, como un libro de época con un propósito específico: presentar ante la opinión pública estadounidense a Díaz como el artífice de la modernización de México.

El país en la encrucijada

A mediados del siglo XIX México era un país que se deshacía en jirones, devastado por las guerras intestinas y externas y por las pugnas por el

poder entre los distintos caudillos regionales así como por la tensión continua entre los estados, autónomos y soberanos, y la Federación. Esa realidad, reconocida desde entonces, era el escenario en el que había surgido y crecido la figura de Díaz, que Creelman describía con realismo:

un país desestabilizado una y otra vez por las guerras civiles y las invasiones: una nación confundida, con un erario vacío, sin crédito nacional o internacional, plagada de bandidos armados, consumida y atormentada por sucesivas insurrecciones [...] un pueblo casi sin comercio o industria y dispuesto a arremeter de nuevo unos contra otros. La policía movía a risa. Había corrupción en los tribunales; no existían bancos que ocuparan el lugar de la Iglesia todopoderosa y prestamista, ahora ya despojada de su riqueza. Los secuestros eran comunes, incluso en las calles de la capital. Los salteadores de caminos habían tomado todas las carreteras [...].¹⁰

En esas condiciones, Creelman establecía lo que parecía un juicio inobjetable para sus contemporáneos: “No fue sino hasta que Porfirio Díaz se convirtió en jerarca de México [...] cuando el pueblo de México dejó de ser un caos de disputas políticas y religiosas y se transformó en nación.”

Los hechos respaldaban esa afirmación: se había restablecido el crédito, la inversión extranjera fluía, los miles de kilómetros de vías férreas habían conectado a las distintas regiones y zonas productoras con los centros de consumo y con los mercados externos, la industria, la minería y la agricultura crecían, más sectores tenían acceso a la educación. Por ello, a Díaz “se le debe catalogar entre aquellos que en la historia han sido constructores de una nación”.¹¹

El autor no escatimó elogios hacia Díaz: lo presentó como el máximo dirigente latinoamericano y como el hombre más interesante del

¹⁰ *Ibidem*, capítulo I.

¹¹ *Ibidem*, capítulo I.

país más malinterpretado y tergiversado del mundo.¹² Entre los juicios laudatorios para su biografiado, citó la opinión del presidente de Estados Unidos, Roosevelt, quien en 1908 había expresado: “El presidente Díaz es el estadista vivo más importante en el presente y ha hecho por su país lo que ningún otro ser humano actual ha hecho por alguna otra nación, lo cual es la prueba suprema del valor que tiene el arte de gobernar”.

Ese elogio, excesivo a la distancia, en su momento quizás era compartido por un sector de la clase política de ese país y por muchos de los inversionistas que se habían favorecido de sus políticas. Sin embargo, los elogios desmedidos de Creelman a menudo ponían en entredicho su pretendida objetividad: “No hay en el mundo una figura más heroica ni más imponente y atractiva que Porfirio Díaz, por cuyas venas se agita la turbulencia de dos razas y dos civilizaciones”.¹³

El legado histórico

En su afán de partir de la evolución histórica de México para comprender sus problemas del presente, Creelman hizo una descripción general del pasado prehispánico. Su visión de esa época era la típica imagen construida por la historiografía mexicanista del XIX: idealizada, romántica, admirativa, basada en fuentes como Bernal Díaz del Castillo y Humboldt. Al mismo tiempo, era una visión que reproducía los estereotipos en boga sobre las culturas mesoamericanas, como practicantes de ritos sanguinarios y de canibalismo, muy apegadas a sus creencias. En esa tónica, la Colonia y su acendrado catolicismo no podía sino causar condena en un escritor protestante como Creelman, quien —al igual que

12 Creelman, *op. cit.* prólogo, p. 1. Entre los testimonios elogiosos que cita, se encuentran el del presidente Roosevelt, quien escribió: “El presidente Díaz es el máximo estadista vivo,” y el de Elihu Root, secretario de Estado, quien en un discurso público había dicho: “Veo a Porfirio Díaz, presidente de México, como uno de los grandes hombres que debe ser considerado modelo de heroísmo por el género humano.”

13 *Ibidem*, capítulo I.

los liberales mexicanos del XIX— consideraba al virreinato como una época de oscurantismo, de servidumbre y esclavitud para la población originaria y de saqueo de las riquezas americanas por parte de la Corona española. A la Independencia sólo le dedicó unos cuantos párrafos, señalando que fue la respuesta a los tres siglos de opresión de la Corona española y que fue alentada por la resistencia a la invasión napoleónica de España, destacando el papel de Morelos en la gesta independentista novohispana. Lograda la independencia, el nuevo país se debatió en luchas intestinas porque no tenía identidad nacional y sus líderes, a pesar de sus buenas intenciones, “conocían poco la ciencia de gobernar”. El problema principal era encontrar la forma de gobierno que mejor se adecuara a las condiciones raciales, culturales e históricas de México. Y en este tema es donde aparecía con toda su crudeza la concepción determinista de Creelman, marcada de racismo y chauvinismo:

Nunca pareció ocurrírseles que un pueblo que apenas 300 años antes era de paganos que adoraban ídolos, sin el pensamiento o deseos de tener libertad individual, gobernado por reyes y sacerdotes, y que se arrodillaban por todas partes frente a los monstruosos altares chorreando de sangre humana, no podían mantener los programas superiores de una democracia ganada a través de mil años de aspiraciones anglosajonas.¹⁴

El papel de Porfirio Díaz en la forja de la nación mexicana

A partir del nacimiento de Porfirio Díaz, Creelman engarza en su narrativa la biografía de aquél con el derrotero de la nación. Siguiendo las fuentes más conocidas que describían la historia de esos años, como las obras de Mora y Alamán, el autor pasa revista a los acontecimientos más importantes: el arribo de Santa Anna al poder; la primera reforma impulsada por Gómez Farías para reducir el poder del clero; los múltiples regresos a la silla presidencial de Santa Anna, que sirven de marco

14 *Ibidem*, capítulo II.

para la niñez y la juventud de Díaz en la tradicional Oaxaca. El pequeño Díaz creció en un ambiente de gran influencia religiosa, huérfano de padre, con una madre muy católica y un padrino sacerdote, vocación que él mismo quiso seguir. No obstante, ya joven cambió y se decidió por la abogacía. Su ingreso en el Instituto Científico y Literario de Oaxaca, preñado de liberalismo, cambió su visión del mundo y le dio conciencia política. La guerra con Texas de 1836 y la guerra con Estados Unidos, sin embargo, son apenas mencionadas en el texto.

El triunfo de la Revolución de Ayutla abrió una nueva época para la nación mexicana y también le abrió las puertas del poder nacional y local a los liberales oaxaqueños, encabezados por Juárez. Díaz, quien se había sumado a las huestes liberales, fue recompensado con la presidencia municipal de Ixtlán, en la sierra oaxaqueña.

La detallada descripción de la Guerra de Reforma es la que ocupa la mayor parte del libro de Creelman y es la parte mejor lograda de la obra. En ella muestra una buena narración, bien escrita, con informes de primera mano y abundantes citas a las *Memorias* de Porfirio Díaz,¹⁵ quien

15 Las *Memorias* de Porfirio Díaz constituyen un testimonio directo de los recuerdos y opiniones de Díaz desde su infancia hasta el año de 1867, cuando ocurrió el triunfo sobre las tropas imperiales de Maximiliano. Fueron dictadas por Díaz a su entonces ministro de Fomento, Matías Romero, y fueron publicadas en edición restringida en 1892. Constituyen, por ello, un testimonio de primera mano importante aunque deben tomarse con mucha cautela pues en ellas Díaz da de sí mismo una versión absolutamente parcial sobre los acontecimientos y su participación en ellos y exagera notoriamente sus actos. Desde su aparición fueron motivo de acres comentarios y críticas de los opositores a Díaz y aun de algunos de sus partidarios. Bulnes, el notable porfirista iconoclasta, publicó años después de la muerte de Díaz una serie de comentarios y acotaciones en donde desmiente una buena parte de los eventos que evocan las *Memorias* y los tacha de fantasiosos y falsos, aunque como observó Daniel Cosío Villegas de los comentarios de Bulnes, no fueron éstos realmente críticos. Cosío Villegas por su parte ponderó de manera diferente las *Memorias* de Díaz al decir en 1949 que: “después de cincuenta y siete años de publicadas, en nada importante han sido adicionadas o rectificadas [...] esas *Memorias* son, hasta ahora, el único documento personal por el que ha hablado Díaz con su propia voz [...]”. Cosío Villegas, “El porfiriato...”, *op. cit.*, p. 11-112. Véase la nueva edición de las *Memorias de Porfirio Díaz*,

mostró en ese episodio fundacional de la historia de México las dotes militares y políticas que lo llevaron a hacerse del poder años después. De particular interés son los episodios locales, las batallas que libró Díaz en su estado natal, las cuales le sirvieron para adquirir las habilidades en el manejo de los hombres, en el ejercicio del poder y en la organización militar. La Reforma es presentada por Creelman de acuerdo con la óptica liberal. La suya no es una interpretación imparcial. El clero y los conservadores son vistos como los enemigos de la nación mexicana mientras que los liberales representan el progreso y el futuro de México.

Sin embargo, la constatación del tortuoso camino por el que transitaba la nación, incapaz de unificarse, agobiada por los pleitos entre las facciones y debilitada por la injerencia y los intereses de las potencias extranjeras, llevaban a Creelman, de manera obsesiva, a explicar el origen de esas dificultades. Para el periodista norteamericano la causa estaba clara: haber impuesto un modelo constitucional, un sistema político y unas instituciones que no se correspondían cabalmente con la naturaleza y con la historia de la nación mexicana. Y su comparación con la historia de los Estados Unidos le demostraba la veracidad de su diagnóstico:

El sistema mismo que produjo la fuerza, unidad y orden en la república del norte, había dividido y debilitado constantemente a México, cuyas masas nunca pudieron entender las instituciones democráticas. A menos que se abandonara la Constitución y se decretara la monarquía, México sería cada vez más débil y los Estados Unidos cada día más fuertes, llegando el momento en que los mexicanos iban a ser sojuzgados y absorbidos por la nación más grande.

El origen de los males había sido “imponer a los pueblos sin madurez política, descendientes de las masas sumisas de aborígenes americanos, las duras y a veces pasmosas responsabilidades del autogobierno”.¹⁶

México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2 v., 1994, edición que incluye los ácidos comentarios de Bulnes como apéndice.

16 *Ibidem*, capítulo XII.

La debilidad del país y las intenciones monárquicas de los conservadores encontraron eco en la ambición de Napoleón III, quien aprovechó el momento para emprender su aventura imperial con Maximiliano. Los capítulos de la Intervención Francesa son de los mejores del libro, que adquiere una narrativa épica bien lograda, a través de la descripción de las batallas y estrategias, en las que el testimonio directo de Díaz, en algunos de sus pasajes, ayuda a comprenderlas mejor. Particularmente notables son las partes en las que narra los pormenores de la batalla del 5 de mayo en Puebla y el posterior cerco a que fue sometida la ciudad por los franceses en los meses siguientes, que condujeron a la captura y fuga de Díaz. En la descripción de estos episodios Creelman tampoco es neutral. No sólo toma partido por los liberales juaristas, en los que Díaz emerge como uno de sus principales militares, sino que también, como estadounidense, condena la intervención.¹⁷

La visión que presenta Creelman de la aventura imperial de Maximiliano se inscribe en esa misma tónica. El joven emperador es exhibido como un joven romántico e idealista, dispendioso, que nunca entendió la realidad mexicana y que pronto se enemistó con sus aliados conservadores mexicanos, particularmente con la Iglesia Católica, por su negativa a aplicar las Leyes de Reforma. Así, pronto se convirtió en rehén de las tropas francesas que, en número de 30 mil, encabezaba el general Forey. La superioridad de las tropas francesas aliadas con el ejército conservador dirigido por Miramón hizo retroceder a los liberales que defendían al gobierno de Juárez quien, al perder regiones, se refugió en el norte del país perseguido por las tropas monárquicas. Díaz, entretanto, lograba mantener la resistencia en el sur, en Oaxaca y Chiapas. El asedio de las tropas francesas, empero, no se hizo esperar y pronto una fuerte columna de 10 mil hombres, al mando del general Bazaine, puso cerco a Díaz en la ciudad de Oaxaca y la tomó, capturando a Díaz, quien estuvo preso en la ciudad de Puebla hasta el 20 de septiembre de 1865, cuando escapó de forma novelesca. La fuga de Díaz es descrita con detalle por Creelman, quien utiliza profusamente las memorias del

17 *Ibidem*, capítulos XIII y XIV.

héroe mexicano que, luego de ello, emprendería la reorganización de sus fuerzas y sería uno de los pilares en el triunfo sobre los franceses.¹⁸

Al finalizar la Guerra Civil en Estados Unidos y al complicarse el panorama europeo para Francia ante la inminencia de una confrontación bélica con Prusia, Napoleón III comprendió que la aventura imperial había fracasado y era cada vez más costosa, por lo que decidió retirar al numeroso ejército francés. Maximiliano se quedó con muy pocos hombres, lo que selló su derrota. Ante esa situación, los generales republicanos pudieron reorganizarse y fueron recuperando las distintas regiones del territorio nacional. Ese avance, inexorable, estuvo basado en las acciones de varios de los mejores militares que había dado la República, Díaz entre ellos, conducidos por Juárez, guía e inspiración de la resistencia nacional. No obstante, Juárez aparece en el texto en segundo plano y Creelman, con intención, destaca y exagera el papel de Díaz, quien aparece en la trama como el principal artífice del triunfo republicano.¹⁹

Creelman narra vívidamente el viaje de Carlota a Europa para conseguir ayuda una vez que Napoleón les hizo saber que el ejército francés se retiraba, y hace una buena descripción de la angustia y las indecisiones de Maximiliano en esos momentos. Su suerte, empero, estaba echada y sólo era cuestión de tiempo para que las tropas republicanas lo vencieran. Una de las batallas finales decisivas fue la toma de Puebla por Díaz, el 2 de abril de 1867, que abrió el paso franco hacia la capital del país. Los restos del imperio se refugiaron en la ciudad de México, a la que puso cerco Díaz, y en Querétaro, donde se atrincheró Maximiliano con las tropas de Miramón y Mejía. La caída de Querétaro y el fusilamiento del romántico emperador fueron el capítulo final de la aventura imperial. Díaz tomó la capital del país, finalmente, el 20 de junio de 1867, un día después de la muerte de Maximiliano.²⁰

El autor describe también emotivamente los últimos días y el fusilamiento de Maximiliano utilizando fuentes de primera mano y entrevis-

18 *Ibidem*, capítulos XVII y XVIII.

19 *Ibidem*, capítulos XVIII-XX.

20 *Ibidem*, capítulos XXI, XXII y XXIII.

tas con Díaz. Restablecida la República, Creelman subraya el orden que impuso Díaz a sus fuerzas cuando ocupó la capital del país, sus dotes de administrador, su modestia y subordinación a Juárez. También describe la rivalidad creciente de Juárez ante la popularidad del joven general y cómo la decisión de Juárez de desarmar a las dos terceras partes del ejército comenzaron a marcar distancia entre ellos y a enfriar sus relaciones. Es conocido el distanciamiento entre los dos grandes caudillos oaxaqueños. Juárez estaba en el cenit de su gloria y la estrella de Díaz iba todavía en ascenso. La ambición de uno y otro los fue separando. Creelman presenta esa tensión, que a fin de cuentas no era sino una lucha por el poder, como diferencias entre dos personalidades fuertes, con estilos y proyectos distintos y, desde luego, toma partido por los motivos de Díaz, a quien siempre justifica. Contrasta así las dos dimensiones de Juárez, como patriota y legislador y como gobernante. En esta última lo califica como idealista y poco práctico. Díaz, por su parte, era un organizador y administrador nato. A su rivalidad y la desconfianza de Juárez hacia el joven general se agregó su decisión de separar del ejército a los amigos de Díaz.²¹

La ambición de poder de Díaz, quien se sentía con merecimientos para ocupar la silla presidencial, y el apoyo que creía tener en el ejército lo llevaron a rebelarse contra Juárez. Esa revuelta, sin embargo, fue un completo fracaso y pronto fue desactivada. Tuvo que esconderse en Veracruz y salir del país. Regresó a Nayarit, donde vivió con otro nombre en Tepic hasta que aceptó la amnistía que le ofreció el presidente Lerdo, quien sustituyó a Juárez luego de la muerte de éste en 1872. La muerte de Juárez, el gran líder que había logrado unificar a la nación mexicana y restablecer la República, no hizo sino avivar las ambiciones políticas de los principales personajes que se creían con los méritos suficientes para ocupar el lugar del ilustre zapoteco, entre ellos, Porfirio Díaz.

Con el afán de justificar su segunda rebelión, esta vez contra Lerdo, Creelman pinta un panorama desolador de bancarrota e inestabilidad en el país, y subraya la incapacidad de los políticos nacionales para superar

21 *Ibidem*, capítulos XXIV-XXVI.

esos problemas. Lerdo aparece en el texto del periodista norteamericano como un personaje anclado en el pasado. Díaz, en contraste, no formaba parte de ese panorama desolador, por lo que, a juicio de Creelman, era el salvador de México. La gente clamaría porque Díaz interviniera y éste se sacrificaría por la patria. El argumento y la interpretación de Creelman son extremadamente parciales, subjetivos y sesgados, porque no aparece en absoluto la ambición de Díaz y su traición a Juárez, a Lerdo y a las instituciones, sino sólo destaca sus virtudes. Por ello no es un retrato de claroscuros y matices, que pinte al personaje en toda su complejidad, sino sólo es un relato cronológico lleno de loas y admiración, lo que constituye el principal defecto del texto.²²

Finalmente, la decisión de Lerdo de reelegirse le dio el pretexto a Díaz para iniciar un nuevo levantamiento —la famosa rebelión de Tuxtepec— que se justificó, paradójicamente, como lo mostraría después la historia de Porfirio Díaz, como un movimiento contra la reelección. Díaz había aprendido del fracaso de su anterior asonada y en la nueva logró incorporar a líderes militares y a regiones que le habían hecho falta en la previa, con lo cual logró vencer a Lerdo y hacerse del poder nacional que había buscado con ahínco.²³

Díaz se hizo cargo del poder ejecutivo de la República, convocó a elecciones y ocupó la presidencia constitucional en 1877, iniciando una nueva era en el desarrollo del país y demostrando una notable habilidad política. Creelman enaltece esas virtudes y subraya su efecto y el giro que logró en la historia del convulsionado país al que gobernó:

Los teóricos superficiales, los aspirantes a revolucionarios, los arribistas decepcionados y los francos chantajistas han buscado en vano convencer al mundo exterior de que el gran Presidente de México es un tirano despiadado que ha aplastado a su país bajo el peso de la corrupción, respaldado por un aparato militar cruel y servil. La respuesta a estos agitadores absurdos y maliciosos es el

22 *Ibidem*, capítulos XXVII-XXVIII.

23 *Ibidem*, capítulo XXIX.

constante ascenso de México al rango de una nación poderosa y respetada, el obvio orgullo con el cual todos los mexicanos decentes pronuncian el nombre de Díaz, y la prosperidad que su fuerza, energía, inteligencia y devoción incansable han traído a la nación. No queda más que comparar el caos anárquico, la indefensión de las masas, la total miseria y degradación de la vida en México existentes cuando Díaz fue Presidente por primera vez, con el país ordenado y próspero de la actualidad [...].²⁴

El eficaz sistema político que construyó don Porfirio le dio la paz y estabilidad que el país no había tenido en décadas y eso consolidó su poder personal y centralizado en su persona. Los buenos resultados comenzaron a notarse desde el primer periodo presidencial de Díaz, de 1877 a 1880. Por ello, Creelman alaba el compromiso de Díaz de no reelegirse ese año a pesar de las presiones para que lo hiciera, y justifica su cambio de parecer después por las circunstancias y la necesidad. Los apologistas del régimen y los beneficiados por sus políticas justificaron y reclamaron las sucesivas reelecciones de Díaz. La posición de Creelman se hizo eco de esa justificación: por sus logros y la necesidad de dar continuidad a esa política de paz y progreso, así como por la corrupción e ineficacia de Manuel González se tuvo que aceptar la reelección del indispensable gobernante:

El reto de los acontecimientos posteriores y ver que su país temblaba al borde de un abismo de desdicha y vergüenza lo persuadieron después para cambiar de opinión y rendirse a la lógica de la historia mexicana [...].

Fueron los estragos causados por la administración de González, su bancarrota de la nación, su corrupción de la actitud pública hacia las deudas públicas —corrupción tan profunda que la mera propuesta de reconocer la deuda con los ingleses provocó desórdenes, aunque por lo general se creía que González y sus amigos

24 *Ibidem*, capítulo XXX.

habían obtenido millones de dólares con la transacción— los que determinaron la decisión de Díaz para volver a ser Presidente de México [...] este recuerdo penoso hizo que el país resolviera no permitir que Díaz se retirara aun después de que había restablecido el crédito público y devuelto la solvencia a la nación.

Así, Porfirio Díaz se había vuelto indispensable: “La posterior reelección del presidente Díaz para los mandatos de cuatro años en 1892, 1896 y 1900, y su reelección para mandatos sexenales en 1894 [sic] y 1910, son resultado de una determinación nacional para continuar con su gran política de paz y progreso con tal de que puedan convencerlo de seguir en funciones.”²⁵

Otro de los propósitos del libro era el de defender al gobierno de Díaz de sus críticos, objetivo que desarrolla de manera tangencial, general y superficial, pues sólo califica de ignorantes, fanáticos, chantajistas, sensacionalistas y revolucionarios a sus opositores, sin personalizarlos y sin presentar sus argumentos ni los contraargumentos que los refutarían. De manera particular Creelman busca restablecer la verdad histórica de la matanza de opositores que se habían rebelado en Veracruz en 1879 y aclarar el significado de la famosa frase de Díaz de “matarlos en caliente”, señalando que en el contexto significaba fusilarlos sólo si eran capturados *in fraganti*.

El argumento recurrente eran los logros de Díaz y el contraste con las épocas que le precedieron, lo que justificaba la reelección e invalidaba toda crítica: “El México tranquilo, unido y floreciente de la actualidad, en contraste con el país dividido, manchado de sangre, anárquico y en bancarrota existente la primera vez que el presidente Díaz llegó al poder, constituye la mejor respuesta que puede darse a los ignorantes difamadores, chantajistas y aspirantes a revolucionarios quienes, refugiados a salvo en tierras extranjeras, han tratado de manchar el nombre de su propio país.”²⁶

25 *Ibidem*, capítulos XXXI y XXXII.

26 *Ibidem*, capítulos XXX y XXXIII.

UNAM - IIH

La mejor prueba del éxito de la gestión de Díaz eran los logros de su gobierno, a cuya enumeración Creelman dedicó el antepenúltimo capítulo de su obra, prodigando elogios también a José Yves Limantour, el célebre secretario de Hacienda de Porfirio Díaz y artífice de su política económica. Entre sus principales logros estaban: la captación de 5 veces más ingresos que al inicio de su administración; el superávit fiscal; la reducción del riesgo país y la revaluación de los bonos nacionales; la exportación de 5 veces más mercancías; la creación de más de 24 mil kilómetros de ferrocarriles y más de 32 mil kilómetros de líneas telegráficas entre 1876 y 1910; el aumento en más de 40 veces de cartas y paquetes postales; el crecimiento 5 veces mayor de la producción de plata; la creación de una moderna planta industrial en las ramas textiles, tabacaleras, mineras y azucareras; el aumento en el número de bancos y de fondos bancarios; la nacionalización de los ferrocarriles y la proliferación de escuelas y la reducción del analfabetismo.²⁷

El problema de la democracia

Sin embargo, el tema más interesante y polémico del libro, al que el autor vuelve una y otra vez y que se engarza directamente con la coyuntura del país en esos años y con las repercusiones de la entrevista Díaz-Creelman era precisamente el de la democracia mexicana. En este punto la opinión de Creelman, desarrollada con amplitud en el texto, era contundente: México no podía ser un país democrático no porque no quisiera o no lo intentara la clase política, sino por sus raíces culturales y por su historia. Peor aún, no lo podía ser por su raza. Y aquí es donde se manifestaba con crudeza el prejuicio racial y cultural de Creelman, por lo demás muy en boga en ciertos círculos políticos y culturales europeos y estadounidenses de la época:

Cuando México se entregó de lleno y con entusiasmo a las formas anglosajonas de la democracia, desafió su propia historia y tradi-

²⁷ *Ibidem*, capítulo XXXIII.

ciones, no tomó en cuenta los instintos de la sangre que corría por sus venas, olvidó los templos y palacios derribados y la extinta civilización de sus pueblos prehistóricos —recurriendo en un día de emoción heroica a las instituciones que únicamente son posibles para las naciones de máxima capacidad política [...] la democracia es posible en todas sus partes sólo para las personas que tienen un autocontrol natural y un respeto abstracto por la ley.²⁸

Para Creelman, la falta de democracia en México tenía profundas raíces históricas, culturales y, en el fondo, raciales. Su chauvinismo anglosajón y sus prejuicios raciales lo llevaban a negar la capacidad de los pueblos como el mexicano para alcanzar el ideal democrático. Desde ese punto de vista, el pasado indígena, aunque idealizado, y el pasado colonial, opresivo, se convertían en un lastre para la vida democrática. Esa incapacidad llegaba al extremo de ser un impedimento natural: sólo los pueblos anglosajones habían logrado establecer un sistema democrático.

Con sus múltiples reelecciones y el ejercicio personalista del poder, Díaz se había convertido en un autócrata. Este hecho lo reconocía Creelman: “Durante treinta años el presidente Díaz ha gobernado a México con el poder de un autócrata. Ningún monarca del mundo ha podido ejercer una autoridad de esa clase sobre un pueblo [...] Todas las cosas en la vida de la nación se ordenan y se desarrollan conforme a su voluntad.”

No obstante, no era un gobernante corrupto y había construido un clima de paz y estabilidad, apoyado por el ejército y la policía rural y por los distintos poderes locales: gobernadores, jefes políticos y presidentes municipales. Había paz y estabilidad, pero no había democracia. El problema de fondo, para Creelman —y en los hechos también para Díaz y para todos los intelectuales y políticos porfiristas que habían renunciado a la apertura del sistema político y que, dos años después de la famosa entrevista Díaz-Creelman habían demostrado la falsedad de las declaraciones del viejo dictador al afirmar que el pueblo mexicano estaba preparado para la democracia y que debían organizarse partidos

28 *Ibidem*, capítulo I.

políticos de oposición— era que México no podía ser democrático por naturaleza, raza, cultura e historia. Visto con una óptica contemporánea, ése era el argumento más chocante de Creelman, más allá de sus juicios racistas y anglocéntricos que, en ese contexto, servían para justificar la dictadura porfirista:

Nadie ha entendido mejor que el presidente Díaz lo inútil que es tratar a su pueblo como si fuesen anglosajones formados por ascendencia, tradición, instinto racial, educación y hábito para sostener las cargas y responsabilidades de la ciudadanía previstas por su Constitución anglosajona. La verdad es que, quizá no más de una décima parte de la población de México vota alguna vez en una elección. No obstante, la Constitución otorga a todos los adultos varones el derecho al voto. Esta situación se debe en gran medida a la flojera natural y la indiferencia política de la población indígena y de quienes son en parte indígenas, que representan más de tres cuartas partes de todos los ciudadanos del país [...] por desgracia el mexicano promedio está imbuido de una especie de fatalismo político, una sensación de que en cierta forma el gobierno proseguirá solo; y el presidente Díaz ha expresado una queja constante de que sus compatriotas, como un todo, no ponen interés suficiente y racional en la política.²⁹

No obstante, al margen de los prejuicios de Creelman, la historia de México parecía confirmar ese fatal diagnóstico. Desde los tiempos prehispánicos no había una tradición democrática, como tampoco la había habido en la Colonia ni en la Independencia y la Reforma porque, a diferencia de los países anglosajones, lo que hacía falta, según el periodista estadounidense, era la concepción de la soberanía política no del pueblo sino del individuo. Había algunas razas que, por el paternalismo ancestral y la falta de responsabilidad en el cumplimiento de los deberes cívicos, no estaban preparadas para la democracia: la raza mexicana era

29 *Ibidem*, capítulo XXXIV.

de éstas. “En dichas razas la democracia se convierte en un sentimiento vago, y el individuo que recurre al gobierno para todo, rechazando o haciendo caso omiso de sus responsabilidades para mantener el orden y promover el bienestar general —proclamando sus derechos pero olvidando sus deberes, y ajenos al hecho de que el proceso de gobierno comienza con un autocontrol personal.”³⁰

Ese diagnóstico crudo de Creelman, con aires de fatalidad, no sólo lo derivaba de su convicción sino de su observación de la realidad nacional: los estados no eran soberanos, no existía el sufragio efectivo, la gente no votaba, no había un verdadero poder legislativo ni una real federación republicana, la libertad de prensa no existía, había un enorme burocratismo, la concentración de la tierra en pocas manos era evidente, la agricultura en su mayor parte era atrasada, había en algunas zonas peonaje por endeudamiento, el alcoholismo estaba extendido, la administración de la justicia estaba politizada, se perseguía a los opositores por sus ideas políticas, las comunicaciones eran precarias. El rosario de males nacionales era abrumador y éstos no habían sido resueltos, no sólo por el gobierno de Porfirio Díaz, sino por el conjunto de la nación mexicana. A pesar de ello, para Creelman el régimen de Díaz representaba un avance y eran falsas las acusaciones que se le habían hecho sobre la esclavización de indígenas en las plantaciones del sureste, como el propio periodista decía haber constatado personalmente luego de trabajar varias semanas en las fincas henequeneras de Yucatán.³¹

El último capítulo del libro es uno de los más interesantes y es en él donde Creelman aporta elementos de primera mano —al parecer, entrevistas y conversaciones con Díaz— para comprender mejor los motivos de Díaz para manejar las consecuencias imprevistas por la entrevista de 1908 y para manejar el desafío del movimiento reyista que buscó incidir en la sucesión presidencial de 1910. En ese capítulo Creelman desarrolla y justifica precisamente la decisión de Díaz de postularse nuevamente a la presidencia y admite que fue su incapacidad para resolver el problema

30 *Ibidem*, capítulo XXXIV.

31 *Ibidem*, capítulo XXXIV.

UNAM - IIH

sucesorio. Antes de la elección presidencial de 1904, convencido de que la paz y la estabilidad logradas eran sólidas y que para asegurar el futuro era menester continuar su política económica y la administración, decidió dejar a Limantour como su sucesor y le pidió a Bernardo Reyes, el otro gran personaje de la elite porfiriana, que lo apoyara. Es decir, para Díaz el problema de su sucesión tenía más un carácter de administración que de política y por eso el escogido fue Limantour, aunque con el apoyo de Reyes y del ejército, una combinación de administración y política aunque esta última subordinada a la primera. Aunque Reyes aceptó la propuesta, poco tiempo después aparecieron ataques hacia Limantour y, al buscar al responsable, se halló que había sido el propio Reyes. A decir de Creelman, cuando Díaz lo supo, mandó llamar al general y lo confrontó con la evidencia, por lo que Reyes renunció a la Secretaría de Guerra y aceptó la orden de Díaz de regresar a la gubernatura de Nuevo León.

Fue con ese antecedente y en ese contexto en el que se produjo la entrevista de 1908 y sus repercusiones. Según Creelman —que muy probablemente externaba las opiniones del propio Díaz— luego de la entrevista le habían llegado al anciano dictador miles de cartas de protesta por su decisión de no contender nuevamente por la presidencia de la República, rogándole que continuara en el poder. Incluso de gobiernos extranjeros llegaron advertencias de las repercusiones negativas que tendría su decisión en el panorama financiero internacional. Pero además, el otro motivo de preocupación, más grave aún, había sido la reemergencia del movimiento reyista. Cerrarle el paso a Reyes, su *alter ego*, llevó a Díaz a apoyarse nuevamente en los *científicos* y reafirmar que serían ellos quienes lo sucederían en el poder. Díaz temía que pudiera relevarlo alguien tan semejante a él como Reyes: no lo podía permitir. Paradójicamente, ni Díaz ni Limantour, ni tampoco Creelman cuando escribió su testimonio, se imaginaban que tal decisión, en lugar de preservar la obra y la imagen de Díaz, sería una de las causas imprevistas que provocarían la revolución, cuyo motivo central, sin duda alguna, sería contra la decisión de Díaz de mantenerse en el poder y optar por los científicos para sucederlo. Buena parte de las protestas populares

que alimentaron la revuelta maderista tuvieron su raíz en el desprestigio y el repudio hacia ese grupo. Además, un número considerable de los principales cuadros revolucionarios maderistas provenía del reyismo, que nunca le perdonó a Díaz la exclusión de su favorito y transitó hacia una oposición cada vez más militante.

Sin embargo, en 1909 lo que preocupaba a Díaz era desactivar al reyismo, que se había vuelto un desafío inédito para el viejo dictador. Así había leído Díaz la efervescencia política provocada por la entrevista con Creelman: “Parecía que el nuevo partido cuya formación él había pedido no pasaba de ser una muestra ruidosa, turbulenta y difamatoria a favor del general Reyes para el cargo de vicepresidente. A pesar de estos hechos, Díaz renunció a su preciado plan de descansar, estuvo de acuerdo en mantenerse en la presidencia y no veía con buenos ojos el movimiento de Reyes [...]”³²

Por eso el viejo Porfirio, a la vieja usanza, había exiliado a Reyes. Eliminado éste, había propuesto nuevamente a Limantour que aceptara postularse, pero el experimentado administrador, que como él mismo reconoció muchas veces no era político ni entendía ni le interesaba la política, volvió a rechazar la oferta. Sin otras opciones, Díaz volvió a postularse.

Creelman terminó de escribir su libro en el año de 1910, en el apogeo del sistema porfiriano, cuando nada en el horizonte, una vez desactivado el reyismo, parecía anunciar el cataclismo revolucionario que se vendría unos meses después. La preocupación de Creelman, como la de muchos de los partidarios de Díaz y de la gente interesada por el futuro del país, era la de qué le esperaba a la nación mexicana una vez que el anciano gobernante muriera.

Hay quienes insisten en que cuando el presidente Díaz muera, se producirá una agitación general y destructiva en México. Afirman que su fuerza, habilidad y la confianza que aún le tiene el pueblo mexicano son los factores que mantienen la paz en la república

32 *Ibidem*, capítulo XXXV.

y que tan pronto como fallezca la nación quedará en condiciones generalizadas de confusión y conflicto.³³

Y, desde luego, para Creelman, al igual que para el resto de la clase política mexicana de la época, en esos momentos, previos a las elecciones federales de 1910, era impensable un levantamiento contra Díaz. Por ello, de manera categórica, afirmaba: “Es absurdo hablar de un regreso del pueblo mexicano al antiguo hábito revolucionario. Díaz ha hecho bien su trabajo. Ha mantenido tranquilos a sus compatriotas [...] El pueblo mexicano está demasiado ocupado como para que haya peleas internas [...]”

Por eso, a pesar de la incertidumbre por un México sin don Porfirio, Creelman concluyó su libro con una frase llena de optimismo de Díaz: “Me siento satisfecho con saber, en mi vejez, que finalmente el porvenir de México está asegurado.”³⁴

Por desgracia no fue así. El optimismo de Díaz se derrumbó estrepitosamente pocos meses después, barrido por el vendaval revolucionario y el libro de Creelman se volvería un texto anacrónico.

FELIPE ARTURO ÁVILA ESPINOSA

33 *Ibidem*, capítulo XXXV.

34 *Ibidem*, capítulo XXXV.

